

Un mundo aparte



A Krystyna

Allí existía un mundo aparte que no se parecía ya en nada al otro, con sus propias leyes, sus ropas, reglas y costumbres, y una casa muerta en vida, una vida como en lugar alguno, y gentes singulares. Ese rinconcillo tan especial es el que me propongo describir.

Dostoievski, *Apuntes de la casa muerta*



PRIMERA PARTE



Vítebsk - Leningrado - Vólogda

El verano en Vítebsk llegaba a su fin. Por la tarde, el sol todavía abrasaba durante un rato el empedrado del patio de la cárcel, para acabar su recorrido tras la roja pared del edificio contiguo. Del patio llegaban los pasos de los presos, marcando rítmicamente el camino del baño, y las voces de mando rusas mezcladas con el tintineo de las llaves. El vigilante de guardia en el corredor tarareaba, plegaba el periódico a intervalos de varios minutos y, sin darse demasiada prisa, se acercaba al orificio redondo de la puerta. Doscientos pares de ojos se desprendían del techo como obedeciendo a una señal y se concentraban en la pequeña lente de la mirilla. Asomando bajo la visera de hule, nos miraba un ojo inmenso que, después de recorrer la celda de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, desaparecía tras la tapa de hojalata. Tres patadas en la puerta significaban: «Preparaos para la cena».

Semidesnudos, nos levantábamos del suelo de cemento, pues la señal de la cena también significaba el fin de nuestro amodorramiento vespertino. Mientras esperábamos el líquido caliente de la noche, escudilla de barro en mano, aprovechábamos para vaciar en el bacín el líquido amarillento de la comida. Chorros de orina procedentes de seis u ocho orificios, después de dibujar sendos arcos como hacen los surtidores de una fuente, se

encontraban en pleno centro del bacín y, taladrantes, se abrían camino hasta el fondo, con lo que subían el nivel de la espuma depositada en las paredes. Antes de abrocharnos las braguetas nos deteníamos un instante a observar nuestras entrepiernas afeitadas: tenían un aspecto extraño, de árboles doblados por el viento en la ladera de un campo baldío.

Si alguien me preguntase qué más hacíamos en las cárceles soviéticas, poca cosa podría yo añadir. Como mucho, esto: nada más extinguirse el sonido de la aldaba anunciando la diana, en cuanto entraba en la celda el perol con el brebaje de hierba hervida y el cesto con las raciones diarias de pan, nuestro afán parlanchín alcanzaba su cenit: deseábamos que nuestra charla «estirara» el pan hasta la comida. Los católicos se congregaban en torno a un ascético cura; los judíos se sentaban junto a un rabino castrense, con sus ojos de pez y sus pliegues de piel colgando de lo que había sido una barriga; los hombres sencillos se contaban sus sueños y recordaban sus vidas pasadas, y los cultos recogían las colillas para poder acabar compartiendo un cigarrillo. Sin embargo, bastaban dos patadas en la puerta para que todo bicho viviente, en concentrado silencio y guiado por sus líderes espirituales, se lanzara sobre el perol de sopa dispuesto en el corredor. En nuestra celda apareció un hombrecillo moreno, judío de Grodno, que lloró amargamente tras anunciarnos que «los alemanes habían tomado París», y desde ese mismo momento cesó el susurro patriótico en los jergones y se acabaron las charlas en torno a la política. En el torrente de la vida que pasaba más allá de nosotros, fluíamos como un coágulo muerto hacia el corazón del mundo libre, cuyos latidos eran cada vez más débiles.

Al caer la noche el aire se volvía más fresco y en el cielo aparecían nubes lanudas que en su lento navegar encendían las primeras estrellas. La pared cobriza opuesta a la ventana estallaba por breves momentos en llamas rojizas, para apagarse de repente tras ser alcanzada por el ala del crepúsculo. Caía la noche y con

ella llegaba el resuello para los pulmones, el descanso para los ojos y un toque de humedad para los resecos labios.

Justo antes del recuento, en la celda se encendía la luz. Producto de esa repentina iluminación, el cielo tras la ventana se sumía en la oscuridad para, al cabo de unos instantes, volver a brillar con trémula luminosidad. Eran las torretas esquineras, cuyos focos patrullaban la noche con ráfagas de luz que se entrecruzaban. Justo a esta hora, bastante antes de la toma de París, en el pequeño tramo de calle que se veía desde nuestra celda solía aparecer una mujer alta con un pañuelo en la cabeza que se detenía frente a la pared de la cárcel y encendía un cigarrillo. En varias ocasiones levantó la cerilla ardiendo cual una tea y permaneció inmóvil durante un rato en esa incomprensible postura. Decidimos que aquello significaba Esperanza. Después de la caída de París, durante dos meses la calle quedó desierta. Solo en la segunda mitad de agosto, cuando el verano en Vítebsk llegaba a su fin, la desconocida nos despertó de nuestro adormecimiento con unos taconazos rápidos que retumbaron en el silencio del empedrado; se detuvo bajo la farola y, tras encender un pitillo, apagó la cerilla con un movimiento zigzagueante de la mano (hacía un tiempo apacible, sin viento), parecido a los saltos que pegan las bielas de acoplamiento en las ruedas de la locomotora. Convinimos todos que aquello significaba Transporte.

Sin embargo, no parecía haber prisa, pues el transporte se hizo esperar un par de meses. Hasta finales de octubre no llamaron a cincuenta de los presos de la celda, en la que había doscientos, y les leyeron la sentencia. Yo me dirigí a la oficina a paso cansino, indiferente, desapasionado. La instrucción de mi caso había terminado tiempo atrás, en la cárcel de Grodno; no tuve en su curso un comportamiento modélico, ¡ni mucho menos! Hasta hoy profeso mi más sincera admiración a los compañeros de cautiverio que tuvieron el valor de enfrentarse con suma finura

a los jueces soviéticos en torneos de esgrima dialécticos llenos de botonazos certeros y de respuestas inmediatas. Yo contestaba a las preguntas escueta y directamente, sin esperar a que en la escalera, camino de vuelta a la celda, una imaginación heroica me dictase altivos versículos del catecismo del martirologio polaco. Lo único que deseaba era dormir, dormir y dormir. Hay dos cosas que soy incapaz de dominar físicamente: el sueño interrumpido y la vejiga llena. Notaba la amenaza de ambas al mismo tiempo cuando me despertaban en medio de la noche y me sentaban en un duro taburete frente al juez de instrucción, de cara a una bombilla de potencia indecible.

La primera hipótesis de la acusación se basaba en dos pruebas materiales: las botas de caña alta con las que mi hermana menor me lanzó al ancho mundo tras la debacle de septiembre de 1939, que al parecer daban fe de que yo era «comandante del ejército polaco»; y la primera parte de mi apellido, que, en su transcripción rusa (Gerling), me asociaba inopinadamente con un mariscal de la aviación alemana. La conclusión lógica no podía ser otra que: «se trata de un oficial polaco al servicio del espionaje enemigo». La flagrante inconsistencia de los dos indicios nos había permitido en un tiempo razonablemente breve rechazar aquella gravísima acusación. Pero aún quedaba un hecho del todo indiscutible: yo, en efecto, había intentado cruzar la frontera entre Lituania y la Unión Soviética. «¿Y para qué, si se puede saber?» «Para luchar contra los alemanes.» «¿Acaso no sabía que la Unión Soviética había firmado un tratado de amistad con Alemania?» «Pues sí, pero también sabía que la Unión Soviética no había declarado la guerra a Inglaterra ni a Francia.» «Eso no tiene importancia.» «¿Cómo queda formulado finalmente el auto de acusación?» «Intentó cruzar la frontera soviético-lituana para luchar contra la Unión Soviética.» «¿No se podría cambiar las palabras “contra la Unión Soviética” por “contra Alemania”?» Un golpe descargado con toda la fuerza de una mano abierta me devolvió a la realidad

en un santiamén. «Da lo mismo», me consoló el juez instructor mientras estampaba mi firma en el documento que me había alargado.

En la celda a la que me trasladaron después de leerme la sentencia (cinco años), situada en un ala lateral de la cárcel de Vítebsk, entré en contacto por primera vez con los presos rusos. Había una veintena de muchachos de entre catorce y dieciséis años tumbados sobre catres de madera, y justo debajo de la ventana, por la que no se veía sino un jirón de un cielo plúmbeo, estaba sentado un pequeño hombrecillo de ojos inyectados en sangre y nariz ganchuda dedicado a masticar en silencio un mendrugo de pan negro. Llovía desde hacía ya varios días. El otoño pendía sobre Vítebsk en forma de vejiga de pez que expelía chorros de agua sucia, regurgitada por la salida de una cañería situada encima de un saliente que tapaba la mitad inferior de la reja y la vista al patio de la cárcel.

Los delincuentes menores de edad constituyen una auténtica plaga de las cárceles soviéticas, aunque no se los encuentra casi nunca en los campos de trabajo. Permanentemente sobreexcitados, se pasan el tiempo buscando algo en los camastros ajenos y en las braguetas propias; se entregan en cuerpo y alma a dos grandes pasiones: el robo y el onanismo. Casi ninguno de ellos ha conocido a sus padres y los pocos que sí ignoran hasta su paradero. En las vastísimas extensiones de un Estado policial, llevan, con una libertad inusitada, una vida típica de lo que son, *bezprizornys*, viajando sin billete en trenes de mercancías de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Viven de lo que roban en los almacenes estatales y a menudo vuelven a robar lo que acaban de vender al extorsionar a sus compradores con la amenaza de denunciarlos. Duermen en estaciones de ferrocarril, en parques municipales, en cocheras de tranvías y lugares por el estilo; la única fortuna de muchos de ellos es un hatillo atado con cuerdas de cuero. Solo más tarde descubrí que los *bezprizornys* formaban, junto a los *urkas* (delincuentes comunes), la

más temible de las semilegales mafias rusas y que estaba organizada según el modelo de las logias masónicas. Si el mercado negro existe todavía en la Unión Soviética, aunque sea de forma residual, es solo gracias a estos jóvenes desarrapados que mero-dean afanosamente entre la multitud, asedian los economatos de los *apparatchiks* y, al caer la noche, se cuelan sigilosamente en los depósitos de grano y los almacenes de carbón. Las autoridades soviéticas hacen la vista gorda, pues consideran a los *bezprizornys* los únicos proletarios puros, libres del pecado original de la contrarrevolución, al tiempo que una especie de plastilina susceptible de convertirse en cualquier cosa en manos del moldeador. De modo que los muchachitos no han tardado en ver en la cárcel una especie de colonias de verano y, lejos de protestar, aprovechan sus periodos de condena para descansar del ajetreo de su agotadora vida en libertad. De vez en cuando aparecía en nuestra celda vitebskiana un *vospitátel* (monitor) de rostro evangélico, cabellera rubia y ojos azules que, con una voz que recordaba el suave susurro del confesionario, llamaba a clase al nutrido grupo de los *bezprizornys*: *Rebiata, poidiom nemnozhko pouchitsia* (Venid, muchachos, vamos a estudiar un poco). Se nos ponían los pelos de punta cuando los *rebiata* volvían del cursillo. Los insultos y tacos más soeces se mezclaban con la fraseología de la propaganda política. Aquel enjambre de cuerpos jóvenes no paraba de lanzar en nuestra dirección acusaciones de «trotskismo», «nacionalismo» y «contrarrevolución», y también afirmaciones como: «el camarada Stalin ha hecho bien al meteros entre rejas», o «el poder soviético no tardará en conquistar el mundo entero»; y todo esto, repetido con una insistencia cruel y sádica, propia de toda juventud sin techo. Un poco más tarde, ya en el campo de trabajo, conocí a un muchacho de dieciocho años que desempeñaba el cargo de jefe de la Sección Cultural y Educativa solo gracias al hecho de haber asistido a los cursillos didácticos impartidos en la cárcel en su condición de *bezprizorny*.

El primer día, aquel vecino mío de celda que estaba bajo la ventana no paró de lanzarme miradas llenas de recelo mientras masticaba cortezas de pan seco que extraía de un gran saco que le hacía las veces de almohada en el camastro. Era el único ocupante de la celda al cual tenía yo ganas de dirigir la palabra. En las cárceles soviéticas a menudo encuentra uno a personas con el estigma de la tragedia marcada en el rostro. Sus labios estrechos, su nariz ganchuda, sus ojos llorosos, como si alguien le hubiera arrojado en la cara un puñado de arena, sus suspiros entrecortados y sus manos como garras de ave penetrando a cada momento en el saco podían significarlo todo o no significar nada. Cuando nos dirigíamos a las letrinas, él caminaba dando pasitos bien cortos, y cuando finalmente le tocaba el turno, se ponía con torpeza a horcajadas encima del agujero al tiempo que se bajaba el pantalón, con sumo cuidado se subía la larga camisa y, sin apenas agacharse, se hinchaba y enrojecía a causa del excesivo esfuerzo. Siempre era el último al que echaban de la letrina y hasta que no llegaba al corredor no se abrochaba el pantalón, para lo cual daba graciosos brincos a fin de evitar los empujones del guardián. Una vez de nuevo en la celda, aún jadeante, se tumbaba de inmediato en el camastro y su viejo rostro cobraba el aspecto de un higo seco.

— ¿Polaco? — me preguntó finalmente una noche.

Asentí con la cabeza.

— Me gustaría saber si en Polonia mi hijo podría llegar a ser capitán del ejército — espetó con tono severo.

— No lo sé — contesté —. ¿Por qué lo han condenado?

— Esto carece de importancia. Yo puedo pudrirme en la cárcel, pero mi hijo es capitán de aviación.

Después del recuento vespertino me contó su historia. Tumbados en camastros contiguos, hablábamos en voz baja para no despertar a nuestros *bezprizornys*. El viejo judío había sido zapatero en Vítebsk durante muchos años, recordaba la revolución y rememoraba con añoranza todo lo que había vivido desde el

momento de su estallido. Cumplía una condena de cinco años porque, en el gremio de zapateros, se había opuesto a la práctica de usar retales de cuero para poner suelas a los zapatos nuevos.

—Esto carece de importancia —repetía una y otra vez—, bien sabe usted que en todas partes hay gente envidiosa. Yo había dado a mi hijo una carrera, había hecho de él capitán de aviación, ¿cómo iba a gustarles que yo, un viejo judío, tuviera un hijo en la aviación? Pero va a escribir una solicitud y me van a soltar antes de tiempo. ¿¡Dónde se ha visto que se use tamaña porquería para las suelas nuevas!?

Se incorporó en el camastro y, tras cerciorarse de que los *bezprizornys* estaban dormidos, descosió el forro de una manga de su chaqueta acolchada y sacó de entre la guata una fotografía arrugada. Me miraba desde ella un hombre con uniforme de aviador, de rostro inteligente y nariz pronunciadamente aguilena.

Minutos más tarde, uno de los *bezprizornys* se bajó del camastro, orinó en el bacín junto a la puerta y llamó con los nudillos en la mirilla. En el corredor se oyó el tintineo de unas llaves, un bostezo prolongado y el ruido de unas botas claveteadas retumbando sobre el suelo de piedra.

—¿Qué quieres? —preguntó el ojo medio dormido pegado a la mirilla.

—Un cigarrillo, ciudadano vigilante de guardia.

—¿Tú? ¡A mamar teta, mocosos! —gruñó el ojo, amenazante, y desapareció tras la tapa de hojalata.

El chico se adhirió con los dos puños a la puerta y, poniéndose de puntillas para alcanzar el orificio, exclamó a voz en cuello:

—¡Ciudadano vigilante de guardia, tengo una pregunta que hacerle!

A lo que la llave giró dos veces en la cerradura y la puerta metálica se entreabrió. En el umbral estaba un carcelero joven, tocado con una gorra de plato azul con franja roja, desidiosamente ladeada.

—Habla.

—Aquí no puedo, tengo que salir al corredor.

Chirriando, la puerta se abrió unos palmos más, el muchacho se coló por debajo del brazo del carcelero, que mantenía la mano apoyada sobre la llave metida en la cerradura, y al cabo de unos instantes volvió con un pitillo encendido. Tragando el humo con ávidas bocanadas, nos lanzaba miradas recelosas y se encogía como un cachorro que reclusa ante la amenaza de una patada.

Un cuarto de hora más tarde, la puerta de la celda se volvió a abrir, esta vez de par en par, el guardián cruzó el umbral con paso decidido y gritó con voz severa:

—¡En pie! ¡El jefe del bloque! ¡Registro!

El jefe del bloque empezó el registro por los *bezprizornys* mientras el vigilante de guardia no quitaba ojo de las dos filas de prisioneros que formaban en posición de firmes de espaldas a los camastros, unos frente a otros. Manos experimentadas despacharon deprisa los jergones de los *bezprizornys*, rebuscaron en el mío y se introdujeron en el saco del viejo judío. Segundos después oí el crujido de un papel, mitigado por el ruido que hacía la guata.

—¿Qué es esto? ¿Dólares?

—No. Es una fotografía de mi hijo, el capitán del Ejército Rojo Natán Avrámovich Zygfeld.

—¿Por qué te han condenado?

—Por perjudicar a mi gremio artesanal.

—Un saboteador de la manufactura soviética no tiene derecho a guardar en su celda la fotografía de un oficial del Ejército Rojo.

—Pero es mi hijo...

—Cierra el pico, en la cárcel no hay hijos.

Cuando me tocó abandonar la celda para unirme a un transporte, el viejo zapatero aún se mecía en su camastro como un loro atontado en su percha mientras masticaba con ahínco, junto con las cortezas de pan, aquellas cuatro palabras.

Partimos hacia la estación a última hora de la tarde, por lo que atravesamos una ciudad casi desierta. Las calles, azotadas por la lluvia, brillaban a la negra luz de la noche como largas láminas de mica. Una ola de bochorno asfixiante surcaba el aire, y el Dvina, crecido repentinamente, rugía inquieto bajo los tablonces del puente, que se arqueaban a nuestro paso. No sé por qué, pero tuve la sensación de que en los callejones no había ventana desde la cual no nos siguieran miradas humanas, a través de las rendijas de los postigos. Solo en la calle principal había un poco de movimiento, pero los pequeños grupos de transeúntes pasaban a nuestro lado en silencio, sin volver hacia nosotros la cabeza, con los ojos clavados en la lejanía o en el suelo, ojos que veían sin mirar. Cinco meses antes habíamos atravesado las mismas calles de Vítebsk en un caluroso día de junio, separados de la acera por una línea metálica de bayonetas. El Dvina fluía perezosamente en el fondo de su lecho seco, y por las aceras, pegajosas de lo achicharradas que estaban, caminaban con paso enérgico transeúntes cansados, parcos en palabras, que no se detenían ni por un momento: eran oficinistas tocados con gorras de visera levantada, obreros con monos rehogados en grasas para las máquinas, escolares con mochilas a la espalda, soldados con botas de caña alta que apestaban a sebo, mujeres con feos vestidos de percal... ¡Lo que no hubiera dado yo entonces por ver a un grupo de personas alegres charlando animadamente! Pasamos junto a casas con las ventanas abiertas, pero de ellas no colgaban edredones multicolores, escudriñamos a través de las vallas patios en los que no había ropa tendida secándose, vimos una iglesia cerrada con el rótulo «Museo antirreligioso», leímos consignas en pancartas desplegadas de fachada en fachada y alzamos la vista hacia la enorme estrella roja colocada en lo alto del ayuntamiento. No era una ciudad de Tristeza: era una ciudad en la que nunca había anidado la Alegría.

En Leningrado, nuestro grupo fue dividido en partidas de diez hombres, que cada equis minutos salían de la estación en los furgones negros de la cárcel, rumbo al penal que sería nuestra prisión de tránsito. Metido con calzador entre mis compañeros, casi asfixiado en aquella caja de madera sin ventanas ni ventilación, no tuve la oportunidad de contemplar la ciudad. Solo cuando el furgón tomaba a toda velocidad curvas cerradas, me catapultaba del banco y, por una fracción de segundo, podía divisar a través de una rendija en la cabina del chófer retazos de edificios, plazas y gentes. Era un día frío, aunque soleado. Ya habían caído las primeras nevadas —nos llevaron a Leningrado en noviembre de 1940— y en las calles habían aparecido los primeros transeúntes calzando botas de fieltro de invierno y tocados con gorros rusos de piel. Es cierto que las orejeras caían únicamente sobre las orejas, por lo que no tapaban los ojos, pero, al igual que las anteojeras del caballo, tan solo permitían mirar de frente, impidiendo así lanzar miradas a los lados. Nuestro convoy atravesó la ciudad sin que nadie le prestara atención, como si fuera una bandada de cuervos sobrevolando un campo nevado en busca de comida.

Algunos presos veteranos me contaron que en aquella época había en Leningrado alrededor de cuarenta mil confinados. Estos cálculos —creo que bastante creíbles— se basaban principalmente en un laborioso recoger y comparar hechos, indicios y relatos contados por lo bajini. Así, en la famosa prisión de Kresty, que contaba con mil celdas individuales, había una media de treinta presos por celda. Esta noticia nos la dieron unos reclusos de aquella cárcel que pasaron varias noches en la nuestra antes de ser enviados a los campos. Calculábamos que en nuestra prisión de tránsito había unos diez mil; en la celda 37, con capacidad para un máximo de veinte personas en condiciones normales, éramos setenta. Uno de los fenómenos más sorprendentes y admirables en la pobre vida intelectual de las «casas muertas» radica en la extraordinaria capacidad

de observación de todo preso experimentado. No hubo celda en la que no me topara con algún experto en estadística e investigador de la vida penitenciaria, sumergido día y noche en la labor de reconstruir el fragmentado mosaico de la realidad circundante a partir de frases sueltas, historias relatadas, retazos de una conversación oída en el corredor, jirones de un periódico encontrado en el retrete, disposiciones de la administración, el movimiento de vehículos en el patio y el sonido de pasos alejándose o acercándose al portón. Fue en Leningrado donde por primera vez llegaron a mis oídos hipótesis en torno al número de presos, deportados y esclavos blancos en la Unión Soviética. En nuestras conversaciones de celda, dicho número oscilaba entre dieciocho y veinticinco millones.

Un día, nuestra partida se cruzó en el corredor con un grupo de presos que se dirigían hacia la salida. Nos paramos en seco, detenidos más por un impulso de miedo que por el temor a mirar fugazmente a unos rostros desconocidos. El grupo que salía a nuestro encuentro también dio marcha atrás, hacia el fondo del corredor. Permanecimos un rato inmóviles cara a cara, pero con las cabezas gachas: dos mundos unidos por un mismo sino y, sin embargo, separados por un muro de miedo y desconfianza. Los guardianes no tardaron en tomar una decisión: éramos nosotros los que debíamos ceder el paso. En una puerta lateral sonó una aldaba de hierro y se abrió la mirilla. Tras otro intercambio breve de opiniones, los guardias nos condujeron a un corredor amplio y luminoso cuyo aspecto contradecía todo lo que yo había visto hasta entonces a lo largo de mi peregrinaje carcelario.

Aquel lujoso pabellón de grandes ventanales y corredores que deslumbraban por su limpieza —y que contrastaba flagrantemente con el monacal marasmo gris de la mayoría de las cárceles soviéticas— estaba en el ala más bonita de la prisión de tránsito. Enormes rejas corredizas hacían las veces de puerta, creando así la ilusión de que existía una libertad interior absoluta y esa pe-

culiar autodisciplina de la que espontáneamente se armaban las personas aisladas del mundo para olvidar su soledad. Las celdas estaban vacías y parecían habitaciones de residencia estudiantil abandonadas por sus moradores justo antes de nuestra llegada. Las camas primorosamente hechas, mesillas de noche cubiertas de fotografías familiares en marcos de papel multicolor y plateado, colgadores para la ropa, grandes mesas atestadas de libros, periódicos y tableros y piezas de ajedrez, lavabos blancos en los rincones, aparatos de radio y retratos de Stalin; al fondo del pasillo, un amplio comedor con una tarima, creo que para los reclusos con talento musical. ¡Retratos de Stalin en una cárcel! Para comprender lo extraordinario de este hecho hay que recordar que en la Unión Soviética los prisioneros están totalmente excluidos de la vida política; no participan en sus liturgias ni ritos sagrados. El periodo de expiación lo cumplen sin Dios y, sin embargo, tampoco sacan provecho de las ventajas que proporciona ese ateísmo político forzoso. Tienen prohibido tanto alabar como denostar a Stalin.

Durante aquellos pocos minutos de espera tuve tiempo no solo para hacerme una idea de la cárcel de Inturist —la misma que, probablemente, había visitado Lenka von Koerber, autora de un libro entusiástico sobre el sistema penitenciario soviético—, sino también para intercambiar unas palabras con el único preso presente en el pabellón, encargado del orden en las celdas durante la ausencia de sus compañeros. Mientras hurgaba en un receptor de radio y sin dirigirme la mirada, me dijo que allí cumplían condena «ciudadanos soviéticos con plenos derechos» y con sentencias de menos de dieciocho meses, castigados por delitos como pequeños hurtos, absentismo laboral, gamberrismo o faltas disciplinarias en sus respectivas fábricas. Trabajaban todo el día en los talleres mecánicos subsidiarios de la industria pesada situados en la misma prisión, recibían una paga decente, comían bien y disfrutaban del derecho a recibir visitas de sus familiares dos veces por semana. Si las autoridades soviéticas

hubieran creado condiciones de vida similares para sus veinte millones de prisioneros y deportados, con tamaño «cuarto poder» Stalin habría podido tener a su merced al ejército, al NKVD y al partido, pues mi interlocutor en ningún momento se quejó de falta de libertad. Al contrario, parecía sentirse a gusto. ¿Sabía qué suerte corrían los otros presos, desde los reclusos en aquella misma prisión de tránsito leningradense, hasta el último de la tupida red de miles de penales y campos diseminados a lo largo y ancho de la vasta superficie de la Unión Soviética? Pues sí, algo sabía, pero al fin y al cabo se trataba de los «políticos». Allí —y señaló con un movimiento de cabeza los tragaluces enrejados del inerte bloque del punto de expedición—, la gente moría en vida. En cambio, aquí, donde estaba él, se respiraba más hondo que en libertad. Era su Palacio de Invierno, añadió con afecto. Stalin sabía por su propia experiencia que unas condiciones de vida humanas en las cárceles podían contribuir a despertar el espíritu de sumisión tan solo en los «residentes», o sea, los presos comunes con condenas leves, jamás en los presos políticos. Más aún: cuanto mejor se sentía el preso en la cárcel desde el punto de vista material, tanto más ansiaba la libertad y tanto más abiertamente se rebelaba contra el poder que lo había metido entre rejas. Cuando uno lee descripciones de las condiciones de vida, incluida la intelectual, de las que habían disfrutado en su cautiverio los presos y deportados en la época zarista, cuesta en verdad creerlo; y, sin embargo, fueron precisamente ellos los que acabaron derrocando el zarismo.

No se debe confundir a los «residentes» con los *urkas*. Es cierto que en los campos a veces es posible toparse con pequeños delincuentes comunes cuya condena supera los dos años, pero casi todos ellos ocupan una posición elevada en la jerarquía penitenciaria, más cercana a los privilegios del personal de administración contratado que al estatus de los demás prisioneros. El delincuente común se convierte en *urka* solo después de demostrar su condición de reincidente. Una vez en su nueva

situación, por lo general ya nunca abandona el campo, pues sale en libertad únicamente por unas semanas, las suficientes para arreglar los asuntos más urgentes y cometer un nuevo crimen. La posición que el *urka* se forja en el campo no depende solo de los años que ha empleado en ir de presidio en presidio ni de por qué cumple condena; también influye la fortunita que ha logrado amasar con el estraperlo, los robos y, no pocas veces, los asesinatos cometidos en las personas del colectivo llamado «manos blancas», es decir, el de los presos políticos; el número de jefes y cocineros del campo comprados con sobornos; sus cualificaciones profesionales para acceder al cargo de capataz y, finalmente, el número de campos de tránsito donde lo esperan mujeres con las que desfogarse, dispuestas cual yeguas en celo. El *urka* es toda una institución en el campo, el segundo cargo más alto después del jefe de guardia; es él quien decide sobre el valor y la corrección de pensamiento de los miembros de su brigada; a menudo se le encomiendan funciones de la máxima responsabilidad, asignándole, en caso de necesidad, un ayudante que sí es maestro en su oficio pero que carece de experiencia de campo; por sus manos pasan todos los «capullitos», muchachos no iniciados en el sexo, recién llegados antes de que acaben en las camas de los jefes oficiales, y es él quien manda a su antojo en la Sección Cultural y Educativa. Se trata de hombres que piensan en la libertad con la misma repulsión y el mismo miedo con que nosotros pensamos en el campo.

También se debió a una casualidad que me hallase en la celda número 37. Durante la selección, resultó que en la lista de presos que formaban parte de mi convoy faltaba mi apellido. Desconcertado, el guardián se rascó la cabeza, revisó concienzudamente todos los apellidos que empezaban con la letra g, volvió a preguntar por mi nombre y mi patronímico y acabó por encogerse de hombros. «¿A qué celda estabas destinado?»,

preguntó. De detrás de las puertas, a ambos lados del corredor llegaba un ruido incesante, mezclado con ecos de conversaciones y un canto estridente. Solo en la celda del fondo, donde el corredor se desviaba, reinaba el silencio, interrumpido a ratos por alguna que otra estrofa de una canción exótica entonada por una voz ronca de asmático, respondida acto seguido por un enérgico acorde de un instrumento de cuerda. «A la 37», contesté con naturalidad.

La celda aparecía desierta o más bien casi desierta. Dos filas de camastros hechos de tablones de madera y cubiertos por jergones, aunque sin espacio entre uno y otro, daban cierta sensación de estabilidad, pero no así las yacijas improvisadas con abrigos y chaquetas acolchadas de uniformes militares amontonados junto a las paredes, así como los hatillos almacenados bajo la mesa (en las celdas superpobladas, solo se deshacen por la noche y se aprovecha hasta el último pedazo disponible del suelo, los dos bancos y, a veces, incluso la mesa), que permitían sacar la conclusión de que allí había más gente que espacio. Sobre el jergón más cercano a la puerta, al lado mismo del balde, estaba tumbado un gigante barbudo de magnífica cabeza, como esculpida en piedra, y rostro de rasgos orientales, que daba caladas pausadas a su pipa. Tenía la vista fija en el techo; una mano debajo de la cabeza, con la otra acariciaba y alisaba irreflexivamente su uniforme sin galones. Con cada calada a la pipa, de debajo de su barba hirsuta salía una bocanada de aire con olor a enebro. En la otra punta de la celda, en diagonal, había un hombre tumbado con las rodillas dobladas que leía un libro; tendría algo más de cuarenta años, un rostro inteligente pulcramente afeitado, llevaba pantalones de uniforme de caballería, botas de caña alta y cazadora verde oliva. Enfrente del barbudo se sentaba dejando colgar sus piernas desnudas fuera del camastro un grueso judío de cuyo uniforme, desabrochado a la altura del pecho, asomaban abundantes rizos de pelo negro. En la cabeza llevaba una boina pequeña; el cuello, arrebujado en

una bufanda de lana, acentuaba la carnosidad de sus labios; con los carrillos rellenos, sus ojos, metidos en aquella hinchazón, se asemejaban a dos ciruelas incrustadas en la masa de una tarta pasada, separadas por una nariz en forma de pepino de tamaño considerable. Jadeando y rebufando, cantaba una canción que yo creí italiana y marcaba el ritmo dando golpecitos contra la rodilla con la mano. Junto a él, apoyado en el canto de la pared junto a la ventana, permanecía de pie un hombre de magnífica complexión atlética que llevaba una gorra de la Marina y una camiseta a rayas blancas y azules y que tocaba una guitarra, con la mirada clavada en la nebulosa vista de Leningrado: una escena como sacada de una pensión para marineros en un puerto francés.

Justo antes del almuerzo, la puerta metálica se abrió de par en par y varias docenas de hombres, con las manos todavía a la espalda y formados de dos en dos, empezaron a cruzar el umbral al ritmo monótono del recuento del guardián: los ocupantes de la celda regresaban del paseo. Predominaban entre ellos hombres de cierta edad y con uniformes y abrigos militares sin galones; algunos volvieron a sus sitios en los camastros ya apoyándose en un bastón, ya en el hombro de un compañero. Cerraba la comitiva una veintena de jóvenes marineros y otros tantos civiles, que se abrían paso hasta la mesa a codazos. Tres patadas en la puerta significaban allí lo mismo que en Vítebsk.

Durante el almuerzo trabé conocimiento con un hombre alto y apuesto que me había estado observando atentamente mientras comía su ración de gachas, concentrado y con sofisticada elegancia gestual. Tenía unos ojos grandes y pensativos, excavados en su rostro huesudo y surcado por profundas arrugas; después de cada bocado, sus mandíbulas hacían un movimiento lento como si masticaran el más exquisito de los manjares. Fue él quien inició la conversación; me contó su breve historia, acentuando cada sílaba, en un polaco acartonado, solemne, una lengua que seguramente no había usado en años. Era descendiente de

una familia condenada al destierro siberiano en represalia por su participación en la sublevación contra Rusia de 1863 — se apellidaba Szklowski— y antes de ser detenido había estado al mando de un regimiento de artillería estacionado en Pushkin (la antigua Tsárskoie Seló), cerca de Leningrado. Al hablar de Rusia usaba la palabra «*ródina*» (patria) y cuando se refería a Polonia decía «el país de nuestros padres». ¿Que por qué lo habían encerrado? Pues porque como coronel de origen polaco no había mostrado suficiente interés por la educación política de sus soldados. «Ya se hace cargo usted — me dijo esbozando una amable sonrisa —: desde niño le inculcan a uno que el ejército no es lugar para pensar sino para defender a la patria.» ¿Que por qué estaban allí los demás? «¿Estos generales?», y se encogió de hombros. «Porque habían mostrado demasiado interés por la política.»

Junto a Szklowski estaba sentado el hombre de la cazadora verde oliva, el mismo que vi leyendo un libro cuando entré en la celda. El coronel Pável Ivánovich (lamentablemente, mi memoria no ha retenido su apellido, tan solo su nombre y su patronímico) y Szklowski eran los únicos oficiales de la celda con una graduación tan baja. Al saber que yo era polaco y que había estado en Polonia en septiembre de 1939, se animó y me acribilló a preguntas. Resultó que antes de su detención había trabajado en los servicios de inteligencia que operaban en la zona fronteriza polaco-soviética; conocía al dedillo hasta el rincón más remoto de los Confines y los cuatro años pasados en prisión no habían mermado en lo más mínimo el maravilloso dossier de información que guardaba en la cabeza. Recordaba la ubicación de nuestras guarniciones y divisiones, de nuestros regimientos y destacamentos del Cuerpo de Guardia de Fronteras, así como los apellidos y hasta los puntos débiles de sus comandantes: uno necesitaba perentoriamente dinero para las cartas, otro estaba loco por los caballos, un tercero vivía en Lida pero tenía una amante en Baranowicze y el de más allá era un

oficial modélico. Excitado, me preguntó por la participación de cada uno de ellos en la campaña de septiembre, como un propietario de cuadras arruinado interesado por los resultados de sus antiguos caballos en los hipódromos extranjeros. No supe decirle gran cosa, ni tampoco quise, pues en mi cabeza todavía resonaban los amargos ecos de la debacle sufrida en septiembre.

Las inquisitivas charlas con Pável Ivánovich contribuyeron a que no tardásemos en hacernos amigos y un día derivaron, sin que nos lo hubiéramos propuesto, hacia temas relacionados con nuestros compañeros de celda. Recuerdo aquella noche como si fuera ayer. Estábamos tumbados en su camastro, o mejor dicho, él estaba tumbado y yo, sentado apoyándome en un codo. Junto a nosotros dormitaba un estudiante de medicina, un muchacho leningradense con cara de niña, que en cierta ocasión me había preguntado en el retrete, bajando la voz, si había leído *Regreso de la URSS* de Gide, pues, a juzgar por los artículos aparecidos en la prensa soviética, se trataba de un libro muy interesante. En la celda ya habían encendido las luces, los marineros ocupaban la mesa jugando a las cartas, mientras los generales soviéticos, tumbados en las dos filas de sus camastros —como en dos catafalcos colectivos—, se habían quedado petrificados con expresión de profundo ensimismamiento. Pável Ivánovich me los señalaba con la mirada, moviendo solamente los músculos de la cara y añadiendo un breve comentario sobre cada uno, como un guía en un museo de sarcófagos egipcios.

Del judío gordo —que, como de costumbre, canturreaba en voz baja con los pies colgando del camastro— dijo: «Comisario político de una división en España. Ha pasado por un interrogatorio muy duro». Al barbudo que no paraba de dar caladas a su pipa lo calificó de ingeniero aeronáutico y general de aviación que acababa de declararse en huelga de hambre, para exigir la revisión de su juicio «en nombre de las necesidades de la industria aeronáutica soviética». Todos ellos habían sido acusados de espionaje en 1937. En opinión de Pável Ivánovich, todo aquel

asunto era una provocación alemana a gran escala: a través de un intermediario neutral, los servicios de espionaje alemanes habían proporcionado a los servicios de espionaje soviéticos unas pruebas falsas que comprometían gravemente a gran parte de los altos mandos soviéticos que en diferentes momentos de su carrera habían permanecido algún tiempo en el extranjero. Los alemanes perseguían paralizar el estado mayor soviético en un momento en que el espionaje soviético vivía presa de una desconfianza exacerbada tras el complot de Tujachevski. Si la guerra contra Alemania hubiera estallado en 1938, el Ejército Rojo habría tenido un gravísimo problema de falta de cuadros. El estallido de la segunda guerra mundial los salvó de la pena de muerte y detuvo en seco los engranajes del potro de tortura en los interrogatorios. Desde el inicio de la guerra ruso-alemana, todos esperaban su puesta en libertad, su plena rehabilitación, la restitución de sus rangos y cargos de mando, así como el pago retroactivo de los emolumentos correspondientes a los cuatro años pasados en la cárcel. Las condenas a diez años que les habían leído hacía un mes, efecto de una instrucción llevada a cabo ininterrumpidamente durante tres años y medio, las consideraban una simple formalidad destinada a salvarle la cara al NKVD.

En noviembre de 1940, para los ocupantes de la celda 37 el estallido de una guerra ruso-alemana era un hecho incuestionable; creían firmemente en un final victorioso y en que ni por un solo día se libraría en suelo soviético. Después del recuento nocturno, cuando en la celda aparecía un carrito con cigarrillos, salchichas y periódicos en venta, Pável Ivánovich, por ser el menor en grado y edad, se encaramaba a la mesa y leía en voz alta los «comunicados del frente occidental», idénticos todos, publicados por el *Pravda* y el *Izvestia*. Era el único momento del día en que los generales se despertaban de su letargo para debatir animadamente acerca de las posibilidades de los dos bandos. Me llamó poderosamente la atención el hecho de que

en sus intervenciones no hubiera ni sombra de queja, rebeldía o revanchismo cuando la conversación giraba en torno al potencial militar de Rusia; tan solo tristeza de unos hombres a los que habían arrancado de su taller de trabajo. Un día interpele al respecto a Pável Ivánovich. «En un país normal», me contestó, «hay gente satisfecha, medianamente satisfecha e insatisfecha. En un país donde está satisfecho todo el mundo, hay razones para sospechar que no lo está nadie. Sea como fuere, formamos un todo bien compacto.» Aprendí de memoria aquellas palabras.

El general Artamián, el barbudo armenio de aviación, se levantaba todas las noches y, durante unos minutos, su cuerpo macizo daba una especie de paseo entre los camastros «para desentumecer los miembros». Después de cada uno de ellos se volvía a tumbar en su sitio y realizaba varios ejercicios de respiración, soplando y resoplando. Hacía todo esto con una gravedad y una puntualidad extraordinarias. Su gimnasia vespertina nos señalaba la hora de la cena.

Cuando aparecí en la celda 37, el armenio llevaba tres días en huelga de hambre; diez días después, seguía igual. Artamián empalideció, sus paseos se acortaron, le costaba respirar y le acometían violentos ataques de tos cada vez que daba la primera calada a su pipa. Exigía su rehabilitación y puesta en libertad, aduciendo sus méritos y su pasado revolucionario. Le habían ofrecido trabajo, bajo custodia, en una fábrica de aviones leningradense y una celda individual en el «Palacio de Invierno». Cada tres días el guardián le traía por la mañana un magnífico paquete «de parte de su mujer», de la que no tenía noticia alguna y a la que, casi con toda probabilidad, habrían deportado tres años y medio atrás. Artamián se levantaba de su camastro, ofrecía comida a todo el mundo y, cuando por única respuesta recibía un silencio sepulcral, llamaba al guardián, en cuya presencia tiraba todo el contenido del paquete en el balde.

Aunque me habían asignado como sitio para dormir un pedazo de suelo junto al balde —y, por tanto, también junto al

camastro de Artamián—, ni una sola vez me dirigió la palabra. Sin embargo, la última noche, cuando el movimiento febril del corredor parecía anunciar un traslado inminente, ninguno de los dos dormía. Yo estaba tumbado boca arriba, con las manos cruzadas bajo la cabeza y el oído puesto en el ruido de pasos tras la pared, creciente como el fragor del salto de agua de una presa. Espesas nubes del humo de la pipa de Artamián entelaban la pálida luz de la bombilla, sumiendo la celda en una sofocante penumbra. De repente, su mano se deslizó del camastro y empezó a buscar la mía. Cuando se la di, se incorporó imperceptiblemente sobre el jergón y, sin decir palabra, la guió bajo la manta hasta su pecho. A través de su basta camisa palpé un tórax desigual, con varias costillas hundidas. Cuando la guió bajo la rodilla, otro tanto. Quise decirle algo, hacerle alguna pregunta, pero su pétreo rostro cubierto por el musgo de la barba no expresaba nada salvo cansancio y ensimismamiento.

Pasada la medianoche, el movimiento en el corredor se volvió más febril todavía; se oía abrir y cerrar las celdas, y voces monótonas leyendo listas de nombres. Después de cada «presente», el río de cuerpos humanos crecía al tiempo que golpeaba las paredes con susurros ahogados. Finalmente también se abrió la puerta de nuestra celda. Szklowski y yo, traslado. Cuando, arrodillado, recogía a toda prisa mis pobres pertenencias, Artamián me cogió la mano de nuevo y la apretó con fuerza. No dijo palabra, como tampoco miró en mi dirección. Salimos al corredor y fuimos a parar en medio de una muchedumbre de cuerpos sudorosos que aún no se habían sacudido los vapores del sueño y que, acoquinados, se acurrucaban junto a las paredes como jirones de miseria humana arrojados a la alcantarilla.

Me encontré en el mismo vagón Stolypin* que Szklowski, quien extendió su abrigo en un banco y, tras acomodarse al fondo del compartimiento, se quedó allí sentado durante todo el trayecto, erguido, callado y grave, con el uniforme abotonado hasta el cuello y las manos cruzadas sobre las rodillas. Junto a nosotros, en las literas plegables superiores, se repanchingaron tres *urkas* y acto seguido se pusieron a jugar a las cartas. Antes de que el tren partiese de la estación, uno de ellos, con aspecto de gorila de cara chata y rasgos mongoloides, nos contó que había tenido que esperar a estar en Leningrado para que lo condenaran al fin, a quince años, por haber matado a hachazos en el campo de Pechora a un cocinero que se había negado a darle una ración extra de gachas. Lo dijo con toda la tranquilidad del mundo, hasta con cierto tono de orgullo en la voz, sin interrumpir el juego ni por un momento. Szklowski permaneció impertérrito y con los ojos entornados, mientras que yo, no sin esfuerzo, solté una risita.

Ya debía de estar cayendo la noche —pues el tren, al emerger del bosque, atravesaba haces de luz gris suspendidos sobre desmontes nevados— cuando de repente el gorila tiró las cartas, bajó de un salto de la litera y se plantó ante Szklowski.

—¡Tu abrigo, dámelo! —exigió—, lo acabo de perder en el juego.

El coronel, atónito, puso los ojos como platos y, sin cambiar de postura, se encogió de hombros.

—O me lo das ahora mismo —tronó por segunda vez con un furioso rugido— ¡o te saco los ojos! —Szklowski se levantó con parsimonia y le entregó el abrigo.

Solo más tarde, ya en el campo, comprendí el sentido de esa extraña escena: apostar en el juego cosas ajenas formaba par-

* Vagones de tren diseñados para el traslado de prisioneros que deben su nombre a Piotr Arkádievich Stolypin (1862-1911), primer ministro y ministro del Interior del zar Nicolás II. Era famoso por sus métodos implacables y su apellido sirvió también para denominar la horca, llamada en su época «corbata Stolypin». (N. de los T.)

te de los entretenimientos favoritos de los *urkas* y su mayor atractivo estribaba en que el perdedor debía arrebatarle a su propietario el objeto de la apuesta. En tiempos, allá por el treinta y siete, el año del mayor trasiego entre campos en Rusia, a falta de objetos más preciados, se apostaban vidas humanas; al preso político sentado en la otra punta del barracón ni siquiera se le pasaba por la cabeza que unas cartas gastadas que caían con golpes secos en una tablilla de madera apoyada en las rodillas de los jugadores sellaban su destino. «Te saco los ojos» era la peor amenaza en boca de un *urka*: dos dedos de su mano derecha formando la letra *v* apuntaban directamente a los ojos de su víctima. El arma defensiva también era temible: llevarse inmediatamente la mano a la cara para proteger la nariz y la frente con el firme filo del dorso. Los dedos separados se estrellaban contra él como las olas hendidas por el espolón de un barco. Aunque, por otra parte, lo cierto es que el gorila tenía pocas posibilidades de cumplir su amenaza, pues al cabo de un momento noté que le faltaba el dedo índice de la mano derecha. La automutilación —cortarse parte de la mano o del pie con un hacha sobre el cepo de madera— fue, a partir del treinta y siete —sobre todo en las cuadrillas forestales y cuando el preso se hallaba al límite de sus fuerzas—, el método más seguro para acceder a unas condiciones de vida normales, humanas, como las que proporcionaba el ingreso en un hospital. La tremenda torpeza de la legislación soviética de los campos consistía en que el preso que moría de agotamiento mientras trabajaba era borrado de un plumazo de los planes técnicos como unidad energética anónima, mientras que el preso mutilado durante una tala de bosque solo era una máquina averiada que había que mandar a reparar lo antes posible.

En Vólogda, fui el único al que se llevaron del vagón. «Hasta la vista», le dije a Szklowski mientras le tendía la mano. «Hasta la vista», contestó estrechándomela cordialmente, «ojalá vuelva usted al país de nuestros padres.»

Pasé las siguientes veinticuatro horas en la cárcel de Vólogda, que, con sus almenas y su tapia de ladrillo rojo rodeando un patio amplio, recordaba un pequeño castillo medieval. Dormí en el suelo de tierra de una celda del sótano que en vez de ventana tenía un agujero del tamaño de una cabeza, en compañía de campesinos del lugar que ya no distinguían el día de la noche, no recordaban la época del año ni el nombre del mes, no sabían cuánto tiempo llevaban encerrados ni por qué, ni cuándo saldrían en libertad. Adormilados sobre sus pellizas —completamente vestidos, calzados y sin lavarse—, deliraban en febril duermevela acerca de sus familias, casas y animales.

La noche siguiente, de madrugada, llegué con otra partida de presos a la estación de Yártsevo, cerca de Arjánguelsk, donde ya nos esperaba un grupo de guardias encargados de escoltarnos. Descendimos en tropel de los vagones sobre una nieve crujiente, en medio de ladridos de pastores alemanes y gritos de vigilantes. En el firmamento, blanco por la gélida temperatura, aún titilaban las últimas estrellas. Parecía que iban a apagarse de un momento a otro y que del bosque inmóvil emergería una noche espesa para engullir la trémula bóveda celeste y el alba pálida oculta en las frías llamas del éter. Sin embargo, lo que apareció en el horizonte tras el primer recodo del camino fueron las siluetas de cuatro torres de vigilancia, arrebuados sus zancos en marañas de alambre de espino. En los barracones había luz y las poleas de los pozos crujían bajo el tintineante peso de las cadenas heladas.